

ALGUNOS RASGOS DE LA PROFECÍA DE ISAÍAS

La forma en que nadie lee

El libro más largo de toda la Biblia es el del profeta Isaías. Tiene 66 capítulos y 1.289 versículos. Muy pocas personas deben de haberlo leído de un solo tirón. Quizás ninguna. Es que su lenguaje difícil, su estilo poético y la densidad de sus profecías obligan más bien a una lectura pausada.

Pero supongamos que alguien quisiera leerlo de corrido. Se llevará varias sorpresas. En primer lugar, el libro comienza diciendo que Isaías vivió y predicó durante el gobierno de cuatro reyes de Judá: Ozías, Jotam, Ajaz y Ezequías. Por lo tanto, entre los años 767 y 698 a.C. aproximadamente. Y, en efecto, a medida que vaya pasando las páginas, el lector encontrará profecías de esta época. Verá a Isaías hablar con los mencionados reyes (Ozías, Ajaz, Ezequías). Hallará también otros personajes de ese tiempo (como Pecaj, rey de Samaria; Resín, rey de Damasco; Sargón, rey de Asiria). Verá descrita la situación histórica del siglo VIII a.C. (un país dividido en dos, con el reino de Israel al norte, y el reino de Judá al sur, donde vive Isaías). Ubicará los graves problemas políticos de entonces (como las invasiones militares de Asiria).

Una historia con saltos

Pero al llegar al capítulo 40, el lector quedará estupefacto. Si conoce algo de historia, se verá sumergido de pronto en un mundo distinto. Isaías ya no está más en Jerusalén, sino predicando en Babilonia y doscientos años más tarde. Los acontecimientos que se mencionan ya no son los del siglo VIII, sino los del siglo VI. Dos veces aparece Ciro, rey de Persia que vivió en el año 550 a.C. (Is 44, 28; 45,1). Encontrará que el pueblo judío tampoco está en Jerusalén como antes, sino cautivo en Babilonia desde el año 587 a.C., y que el profeta lo exhorta para salir de la esclavitud y retornar a Jerusalén (Is 48, 20; 52, 11). El templo y la ciudad de Jerusalén están destruidos, el rey ya no existe, y se ve a la gente sumida en el desánimo y la tristeza (49, 14).

Cuando el lector llegue al capítulo 56 se sorprenderá nuevamente: Isaías se halla otra vez en Jerusalén, cerca del año 500 a.C. Los judíos han regresado del exilio babilónico, se ha reconstruido ya el Templo, y se está reedificando la ciudad. Si nuestro hipotético lector conociera un poco de lenguas antiguas, advertiría también diferencias en el hebreo en que fue escrito el libro.

Los capítulos 1 al 39, por ejemplo, están redactados en forma solemne, concisa, mesurada. Pero desde el capítulo 40 Isaías adopta un estilo más retórico, apasionado, afectuoso, con repeticiones constantes y enumeraciones detallistas que antes no empleaba. Y en el capítulo 56 Isaías vuelve a cambiar de estilo; decae su nivel poético y su retórica se torna menos elevada. Además de estas anomalías históricas y literarias, podemos advertir en el libro un tercer grupo de irregularidades: las ideas teológicas.

En los capítulos 1 al 39, por ejemplo, aunque Isaías presenta a YHWH como el Dios de Israel, enseña que sí existen otros dioses, entre los pueblos vecinos. El profeta espera la

llegada de un Mesías glorioso descendiente de David, que salvará al pueblo. Nunca habla de Dios como creador, y su concepción de la historia es muy poco desarrollada. En el capítulo 40, como pasó en las dos veces anteriores, las enseñanzas de Isaías cambian abruptamente, ahora el único Dios que existe en todo el mundo es YHWH; los otros dioses no son nada (41, 21-24; 44, 6-8). Por primera vez sostiene que Dios es “creador” del mundo (40, 28; 44, 24; 45, 12). Y que Dios es “redentor” de Israel por haberlo sacado de la esclavitud de Egipto (41, 14; 43, 14; 44, 6).

En el capítulo 56, Isaías vuelve a cambiar su teología. Ahora sólo le interesan los detalles del culto, de la liturgia y del Templo. Ya no piensa más en el Mesías. Y los principales personajes de sus sermones son los sacerdotes de Jerusalén, a quienes antes ignoraba.

Isaías Junior

Hasta que, en 1788, Johann C. Doderlein, biblista alemán, produjo una revolución en los estudios de Isaías, al publicar un libro demostrando que sólo los capítulos 1 al 39 son realmente del profeta Isaías. Los capítulos 40 al 66, decía, fueron compuestos siglos más tarde por un poeta anónimo que vivió en tiempos del exilio de Babilonia, alrededor de 540 a.C., y que algún compilador los añadió mucho después como si fueran realmente de Isaías. Doderlein dio a este profeta anónimo el nombre de “segundo Isaías” o “Deuteroisaías” (del griego “déuteros” = segundo).

Un siglo más tarde, en 1892, otro erudito alemán llamado Bernard Duhm descubrió que los capítulos 56 al 66 pertenecen a un tercer profeta, distinto de los otros dos, que habría vivido y predicado décadas más tarde, cuando el pueblo judío había regresado ya del exilio babilónico. Y lo llamó el “Tritoisaías” (del griego “tritos” = tercero). Estos nuevos hallazgos causaron enorme revuelo entre los biblistas y estudiosos tradicionales, y los rechazaron, porque consideraban una “herejía” quitarle al gran Isaías la paternidad de buena parte de su libro, rompiendo así una tradición de casi 2500 años.

La discusión entre los defensores de las nuevas enseñanzas y los conservadores fue muy dura y alcanzó ribetes tan violentos que debió intervenir oficialmente la Iglesia Católica a través de la Pontificia Comisión Bíblica, para intentar poner fin a la encendida polémica. Y el 28 de junio de 1908, mediante un tajante decreto, tomó partido por la corriente conservadora, afirmando que Isaías había escrito de su propia mano los 66 capítulos de su libro. El decreto sostenía que la argumentación moderna no tenía poder suficiente para contrapesar una tradición tan secular, y afirmaba expresamente que Isaías bien podía haber conocido con siglos de anticipación el destierro de Babilonia, y otros eventos mencionados en su libro. Pero el decreto de la comisión Bíblica no logró acallar el acalorado debate.

Sin negar al vidente

Con el tiempo los estudios se fueron profundizando, las pasiones se serenaron, y las mentes empezaron a aclararse. Se entendió al fin que, sin negar que un hombre iluminado por Dios podía trasladarse al futuro y ver los acontecimientos, los datos literarios e históricos del libro de Isaías aconsejaban más bien pensar en la existencia de más de un autor escondido entre sus páginas. Y así, la resistencia a los nuevos conocimientos cedió finalmente. Hoy,

casi todos los autores aceptan las tres divisiones del libro de Isaías. Una sola variante se produjo en los últimos tiempos. En lugar de la hipótesis del Tritoisaias, de B Duhm, se sostiene más bien, siguiendo una propuesta del biblista J. Cheyne en 1895, que los capítulos 56 al 66 pertenecen no a uno sino a varios autores distintos, cuya predicación estaría aquí recogida y compilada.

En conclusión, los c. 1 al 39 del libro de Isaías pertenecen realmente al profeta histórico. Los c. 40 al 55 son de un escritor posterior, del siglo VI a.C., al que hoy llamamos Deuteroisaias. Y los c. 56 al 66 serían una recopilación de varias profecías pronunciadas por diferentes autores en los siglos VI y V a.C.

El serafín del carbón

¿Quién fue Isaías, este grandioso predicador cuya fama atrajo a tantos profetas anónimos a encubrirse tras su nombre? Era oriundo de Jerusalén, donde había nacido alrededor del año 760 a.C. Al cumplir los 20 años, mientras rezaba un día en el Templo, tuvo una experiencia estremecedora; la tierra comenzó a temblar, el Templo se llenó de humo, y se le apareció Dios sentado en su trono, soberbio y majestuoso, rodeado de serafines que lo cubrían de cantos y alabanzas. Isaías quedó sobrecogido. ¡Había visto a Dios, él que era un hombre pecador! ¡Podía morir! Pero uno de los serafines llegó volando con un carbón encendido y le tocó los labios diciendo: “Se ha retirado tu culpa. Has quedado purificado”.

Isaías notó que también el pueblo escondía sus pecados tras una falsa piedad. Y reaccionó enérgicamente contra esa práctica religiosa: “Para qué me ofrecen tantos sacrificios? Estoy harto de los animales que me traen. Su sangre no me agrada. Me repugna el humo de su incienso. No tolero ni sus ayunos ni sus reuniones. Me dan asco sus celebraciones. Y cuando levantan las manos hacia mí, me tapo los ojos para no verlos. Aunque me recen no los escucho. Porque las manos de ustedes están llenas de sangre” (1, 10-15).

Y tuvo palabras muy duras para con las mujeres de la alta sociedad: “Como son de orgullosas estas mujeres, que andan con el cuello estirado, guiñando los ojos, con pasito presumido y haciendo tintinear sus alhajas. Dios pelará sus cabezas, y les quitará sus peinados, sus cintas, sus perfumes, sus cadenas, sus aros, sus pinturas, sus vestidos finos y sus bolsos” (3, 16-24).

El niño por señal

En el año 736 a.C. murió el rey de Jerusalén, Jotam y subió al trono su hijo Ajaz. Enseguida éste recibió noticias de que dos reyes vecinos se habían coligado para invadirlo. Ajaz, atemorizado, decide llamar en su ayuda a los temibles asirios. Pero Dios manda a Isaías a decirle al rey: “No tengas miedo. Yo te ayudaré. No pidas auxilio a los asirios porque luego se volverán contra ti. Confía en mí y yo te defenderé de tus enemigos”. Pero Ajaz estaba demasiado asustado para creerle. Isaías insistió: “Pide cualquier señal a Dios, y él te la dará”. Pero Ajaz no quiso. Enfadado Isaías le dio igualmente una señal: “Tu mujer ha concebido y espera un niño. Antes de que él llegue al uso de razón Dios destruirá a estos reyes que te dan miedo” (7, 1-16).

Isaías era consciente de que pedía algo muy duro: una política basada en la fe, y con el nacimiento de un débil niño por señal. Poca cosa para alejar el temor. Y el rey no quiso escuchar. Llamó no más a los asirios, que lo defendieran de la invasión, pero le cobraron un alto precio: le robaron parte de su territorio y lo sometieron a impuestos muy fuertes. El país quedó en una situación desesperada por no haber escuchado a Isaías.

Los cautivos van desnudos

Los años pasaron. Isaías, mientras tanto, seguía predicando entre el agobio y la desesperación de la gente, que sufría con amargura la dependencia asiria. Sus riquezas, los productos del campo, sus mejores animales, iban a parar mensualmente a manos de sus dominadores. Cada vez más asfixiados, añoraban el tiempo de su independencia. En el año 716 a.C. murió el rey Ajaz y le sucedió su hijo Ezequías. Con sus 18 años, el joven monarca buscaba ansiosamente la liberación política del país y aguardaba expectante que la oportunidad se presentara.

Finalmente, en el año 713 a.C. los filisteos de la pequeña ciudad de Ashdod iniciaron la rebelión. Estaban convencidos de que Egipto, la gran potencia, los ayudaría ¿Qué hacer? ¿Sumarse o no a esta revuelta? La tentación era muy grande para el joven Ezequías quien decidió unírseles, pensando que había llegado la hora de dejar de pagar tributo. Pero Isaías, que veía las cosas de otra manera, supo que la insurrección traería peores consecuencias ¿Cómo decirlo? ¿Cómo enunciarlo con un mensaje impactante? Entonces tomó la decisión: se desnudó completamente y salió a pasear así por las calles, por la plaza, por el mercado y por el Templo.

La gente asombrada pensó que se había vuelto loco, y entre risas y bromas le pidieron una explicación, Isaías anunció: “Así, desnudos y descalzos, el rey de Asiria se llevará cautivos a los que se rebelen contra él” (20,1-6). Cerca de dos años anduvo desnudo. El rey Ezequías, entonces, decidió hacerle caso y no participó de la revuelta. Y en el 711 a.C. llegó la noticia al país: “el rey de Asiria invadió Ashdod, aplastó la sublevación y llevó cautiva a la población. Egipto ni siquiera se presentó a la batalla”. Judá se había salvado, gracias a la perspicacia de Isaías.

Ni con una sierra

Los últimos años de Isaías fueron muy difíciles. En el 705 a.C. el rey Ezequías decidió finalmente, sublevarse contra Asiria a pesar de los ruegos de Isaías. No sabemos cómo murió Isaías. Una antigua tradición refiere que, huyendo del Rey Manasés, que había puesto precio a su cabeza, se escondió en el tronco hueco de un árbol. Y sus esbirros cargaron el árbol hasta un aserradero cercano y lo cortaron por la mitad con él adentro.

Triste final para un hombre que durante su vida no había buscado otra cosa que hablar de Dios al pueblo, a su ciudad y al rey. Pero después de su muerte, muchos otros se alzaron queriendo ser Isaías; y su libro, hoy engrandecido con profecías anónimas que se identifican con él, muestran la popularidad de la que gozó el gran vidente de Dios.